

dra, para volver á su centro tanto baja como subió. Si subistes por soberbia, y os parecía que estábades alto, que érades algo, que podíades y valíades, y no se podía vivir con vos; que de aquí adelante bajéis otro tanto por humildad, hasta dar con vos en tierra, y conocer que sois polvo y que valeis nada y menos que nada, y entonces sanaréis de la ceguera de vuestro entendimiento. Nunca el otro ciego del Evangelio vió, hasta que el Señor le enfocó los ojos. ¡Oh, cómo os abre los ojos del entendimiento el ponerlos muy del lodo! El acordaros que sois lodo y que en lodo vais á parar, y que en eso para todo cuanto acá buscáis, y en lodo pararán vuestros placeres, y en polvo acabaréis vos. Cuenta la sagrada Escritura que el polvo que echó Moisés en alto causó las vejigas y hinchazones en Egipto. Por levantarse el pecador en alto, siendo polvo, se le hacen hinchazones y llagas de pecados y soberbia. La Madalena, por los mismos pasos por donde se perdió, por esos mismos buscó su remedio. Había hecho guerra á Dios con boca y ojos y cabello, con olores y blanduras y regulos; pues con todo eso le sirve, y eso que había sacrificado al demonio y con que le había servido, eso mismo le sacrifica y dedica á Dios; que es el consejo del Apóstol: *Sicut exhibuistis membra vestra servire immunditiae, et iniquitati ad iniquitatem; ita nunc exhibete membra vestra servire justitiae in sanctificationem*; Así como con vuestros miembros, como con instrumentos de pecado, os determinastes de servir á vuestras torpezas é inmundicias, y pasábades de maldad á maldad; así también ahora con todos ellos procurad de servir á la justicia y vivir conforme á ella, para vuestra santificación. Para decir esto el Apóstol, dice unas palabras galanas antes destas: *Humanum dico propter infirmitatem carnis vestrae*. Y entra luego con el *Sicut exhibuistis, etc.* Una cosa humana os digo, una cosa llana y no nada dificultosa, que puesto que os pidiera cosa mas ardua, no os hiciera agravio; pero con todo eso, no os pido sino una muy puesta en razon. ¿Qué es esa, bienaventurado Apóstol? Que hagais otro tanto por Dios como habeis hecho por el demonio; que trabajéis tanto por salvaros cuanto trabajastes por condenaros. Pues ¿qué menos os puede pedir Dios, decid, pecador, de que, siendo él quien es, hagais otro tanto en su servicio como hicistes en el del demonio? Esto nos enseña aquí la Madalena, empleando en servir á Cristo todo cuanto otro tiempo había empleado en servir al mundo y á su vanidad. Allí emplea los ojos en llorar sus pecados y se deshace en lágrimas; allí arrastra aquel cabello que tan estimado tenía; allí enloda aquella boca, besando el lodo de los piés de su Señor; allí gasta los unguentos tan preciados que ella solía traer sobre su cabeza, allí le falta la vida, allí se le acaba el alma de dolor. Aunque la Madalena callaba con la lengua estando derrocada á los piés de Cristo, y el Evangelista no cuenta que dijese alguna palabra que se oyese; con todo eso, es de creer que hablaba con el corazón. Y si hablaba, no va muy lejos de razon que dijese las palabras que don Gabriel

Fiamma, canónigo regular lateranense, dice en un soneto que hace de la Madalena, en sus *Rimas espirituales*, que por ser bueno y muy á nuestro propósito, le pondré aquí en su lengua para que los que la entienden vean su curioso pensamiento y el artificio de decillo; y también en la nuestra, para que los que no saben la italiana vean lo que quiso decir, pues yo no supe emparejarle el estilo, ni nuestra lengua puede decir en iguales versos lo que aquella, que tiene los términos mas cortos. Dice pues así la Madalena:

## SONETO DIL FIAMMA.

*Chiome, di mille cor reti e catene,  
E del mio vannegiar travaglio eterno,  
Sciote, sparse, confuse, il duol interno  
Mostrate fuori, e l'aspre altre mie pene.  
Luci, sol per l'altrui danno serenne,  
Onde già mille palme heve l'inferno;  
De l'anima il tempestoso horrido verno  
Scoprite altrui, di pianto amare piene;  
Membra, d'ogni gran mal facile et esca,  
Mani, a rapir l'altrui salute pronte,  
Siate preste à cangiar costumi e vita.  
E tu, sommo Signor, se l'età fresca  
Vissi nel fango, hor, ch'io cerco il tuo fonte,  
Per lavar l'error mio porgimi aita.*

Quicre decir este soneto:

Cabello, de almas mil red y cadena,  
De mi devancar trabajo eterno,  
Suelto y confuso, mi dolor interno  
Mostrá fuera, y mi alta, áspera pena.  
Vista en ajeno mal solo serena,  
Por quien mil triunfos ya ganó el infierno;  
Del alma el tempestuoso horrido invierno  
Descubrí á Dios, de amargo llanto lleno.  
Miembros, de males eslabon y yesca,  
Manos, que hurtais salud de ajena gente,  
Sed prontas á mudar costumbre y vida.  
Y tú, sumo Señor, si la edad fresca  
Vivi en el lodo, ya busco tu fuente:  
Lava y sana, gran Dios, mi alma perdida.

¡Oh María, oh mar de lágrimas, oh fuego y horno de amor! Y ¿hasta cuándo acabarás de llorar? Y ¿hasta de deshacer ahí en llanto? ¿De qué Océano acarreas los rios que salen de tus ojos? ¿Das á la bomba á tus entrañas para sacar el agua que derramas? Pues mira, mujer espantosa, que un aljibe estuviera ya seco con la que tú has derramado, y ¿aun tú no te das por contenta? ¿Quieres por ventura anegar en lágrimas á los que comen á la mesa? ¡Oh Sol divino, Rey de gloria! Secad con vuestros rayos aquellas fuentes, enjugad aquellos ojos de María, deshaced los fiublados de su corazón, mandad á las aguas que cesen, decid á las nubes que no lluevan ya, que ya está anegado el mundo viejo y los pecados de María; cese el gran diluvio de su llanto, no se acabe de ahogar aquel pecho que tanto os ama. Abred esa boca divina, y habladle y decidle alguna palabra de consuelo antes que muera á vuestros piés. Decidle: *Quiescat vox tua à ploratu, et oculi tui à lacrymis: quia est merces operi tuo, et est spes in novissimis tuis, ait Dominus*; Cese ya la voz de tu llanto

no vea yo mas turbios esos ojos; enjúguense, oh María, tus lágrimas; baste lo llorado, que yo me doy por contento; que galardón hay para tal obra, y grandes esperanzas te quedan de premio de tanto amor. Esto es hacer penitencia, esto es aplacar á Dios. ¡Oh, siuviésemos vergüenza de nuestra mala vida, y qué poca agua es toda la de la mar para llorar solo un pecado! Hizo la Madalena lo que de aquella santa reina Ester cuenta la divina Escritura, que oyendo decir que el Rey tenía condenado á muerte á su pueblo, se desnudó los vestidos ricos y reales que tenía, y se vistió decilicio y de un saco; y en lugar de los unguentos olorosos que solía poner sobre la cabeza, y en vez del aceite de azahar y de jazmin con que mojaba el cabello, puso sobre él ceniza y polvo, y humilló su cuerpo con ayunos: *Et universa loca in quibus lateri consueverat, crinium laceratione complevit*; Y con el dolor y congoja del daño de su pueblo, hinchó de manojos de cabellos todos los lugares donde otras veces solía holgarse. Tal ha de ser la penitencia, que laveis con lágrimas todos los lugares que ensuciastes con vuestros pecados, que no es justo que sea mayor la ofensa que el dolor y la penitencia; antes bien ha de ser mucho mas el arrepentimiento de vuestros pecados que lo fué el contento de cometellos, como lo dice el profeta Baruch: *Sicut enim fuit sensus vester, ut erraretis à Deo: decies tantum iterum convertentes requiretis eum*; Así como siguiendo vuestro sentido y apartados de la razon os fuistes lejos de Dios y del camino de la virtud; así diez tanto con mayor ansia volvéis á buscallo; que claro está que en el apartarse un alma de Dios y en el ofendelle no hace un solo daño, sino muchos. Quita á Dios lo que es suyo y lo que crió para sí, á la Iglesia un hijo, á la república un justo, al cielo un heredero, á los ángeles un amigo, á la ciudad de Jerusalem la celestial un ciudadano. Hace mas, que acrecienta el bando del demonio, tan aborrecido de Dios; ayuda á hacer daño á su república, que por los muchos malos la destruye Dios mas presto; puebla el infierno, que es gran afrenta para los justos, así como lo es que en la guerra los soldados de un príncipe se pasen al campo de su enemigo. Demás desto, cuando se reduce y vuelve á Dios, ha de rehacelle la pérdida del tiempo que ha estado fuera de su servicio; porque, quien ha tenido usurpada alguna heredad, no cumple con solo volvella, sino que ha de restituir los frutos corridos de todo el tiempo que pudiera fructificar para su señor. Así también, siendo el hombre heredado de su Dios, y dejándose desfrutar del demonio por el pecado, no piense que cumple con solo volver á Dios lo que es suyo, sino que le ha de satisfacer el tiempo que ha dejado de serville y le ha defraudado de todo aquello; pues debe un hombre á Dios en servicio por cada uno de los beneficios que de su santa mano ha recibido, todas sus obras, todas sus palabras y todos sus deseos y pensamientos; y por esto dice el Señor que de todo esto han de dar cuenta. Y este es el verdadero y legítimo sentido del lugar que habemos alegado del profeta Baruch. Entiendan esto los que há un año

y cuatro y diez que están amancebados, y los que de sesenta años de vida, los cuarenta se les han pasado en pecado, y miren cuándo restituirán al Señor el servicio que de tantos años le deben; porque los servicios que en lo que les queda de vida le podrían hacer á Dios, ya se los deben por el título de Señor, cuyo es todo lo que trabaja y afana el esclavo. Pasemos agora á lo que del Evangelio nos queda hasta llegar á nuestro paradero.

## §. XLVI.

Estando pues la Madalena á los piés del Señor, callando, lavando, alimpiando, besando y ungiéndolos, y estando el Redentor á todo ello quedo y sin hablar palabra, Simon el fariseo, que le había convidado, que, segun dice mi padre san Agustín, era de aquellos que se picaban de santos y decían lo de Isaias: *Recede à me, noli me tangere, quia mundus sum*; Tenéos allí, no me toqueis, que me ensuciaréis, y yo soy limpio, conocia á la Madalena; y espantado de que el Señor se dejase tocar de mujer tan pecadora á su parecer, que si á él se llegara la echara á coces de sí, y no comiera aquellos ocho dias, de puro asco, y habia poca agua en Ebro para lavarse, comenzó á decir entre sí: «¿Este es el que me decían que era tan santo y tan gran profeta? Yo creí que había convidado á otro Eliseo, que desde Samaria sabia cuanto hacia el rey de Siria en su cámara; pero pareceme que me he engañado, porque si fuera profeta supiera qué pieza es la que le toca, porque es una gran pecadora.» No decia verdad Simon en decir que á aquella hora era pecadora la Madalena, puesto que lo hubiese sido; que no era sino justa, y harto mas que él: hé aquí los juicios de los hombres. Terrible cosa, señores, que porque uno haya sido pecador un año, lo ha de ser cuatro y toda la vida; y que os parezca á vos que porque aquel cayó, que ya no hay que aguardalle emienda; pues yo os prometo que suele á veces el caído levantarse con tal ánimo, que pelea mejor que el que no cayó. Veréis una pobrecilla mujer que tuvo alguna flaqueza, y si, vuelta della por la misericordia de Dios, trata de serville, de confesarse á menudo, de ir al templo y de oír misa y recogerse, sale el otro fariseo y la otra mofadora murmurando: «Sí por cierto, mejor le estaría á Fulana trabajar y estarse en su casa que andar arrastrando confesionarios y royendo santos, hecha santera.» Pues en verdad, que podría muy bien ser que os haga á vos con vuestra doncellería á cuestras mucha ventaja en bondad y santidad, y en lugar mas aventajado en el cielo. Este es el pleito de Marta y María, su hermana; Marta era doncella, María había sido gran pecadora; estaba el Redentor en su casa con todos sus discípulos, llegaba cansadísimo, había de comer, y María muy sin cuidado á los piés del Señor, teniéndole conversacion y entreteniéndole, y Marta muy congojada, que no se daba á manos entendiendo en la comida. Como vió así á María, parecióle que mejor le estaba á ella el llorar y contemplar, pues era doncella, que á su hermana, que no lo era, y que podía trabajar y servir en casa. Y así, dijo al Redentor: «Señor,

¿no veis el descuido de mi hermana, qué tal se está mano sobre mano y no mira que tenemos tal huésped? Mandadle que se levante y me ayude.» Mas el Redentor respondió por ella, y al fin María fué la mas amada, la de la contemplacion, la de los favores, y la regalada del Señor. Y no leemos que cuando el Redentor resucitó á Lázaro llorase, aunque salió Marta á él llorando; mas cuando vió llorar á María, turbóse y bramó y deramó lagrimas. El fariseo era destos. Cuéntase en el primero de los *Reyes* que la santa mujer Ana, madre de Samuel, no teniendo hijos, y estando lastimada de las palabras que Fenena, la otra mujer de su marido, le decia, afrentándola porque no tenía hijos, habiendo subido un día Elcana, que era el marido, y las dos mujeres á sacrificar á Silo, donde á la sazón estaba el arca del Señor y el tabernáculo que hizo Moisen, porque no había templo edificado en aquel tiempo; habiendo sacrificado por la mañana al Señor, estando comiendo del sacrificio, dice el texto que Elcana dió á Fenena y á sus hijos á cada uno su parte; y como Ana no los tenia, dió una sola parte, y dióela muy triste, porque la amaba mucho y era su Raquel. Dábale en rostro su combleza de que Dios la había esterilizado y quitado el fruto de su vientre, y Ana lloraba y no queria comer; esto le acaecia siempre que subian al tabernáculo del Señor. Tan fatigada se halló un día, que se fué sin comer al tabernáculo, y allí, prostrada delante del Señor, comenzó á orar y á llorar, y solamente se le vian menear los labios, pero no se le oia palabra; era después de comer, aunque ella estaba ayuna. El sumo sacerdote Helí estaba sentado á la puerta del tabernáculo y mirábala; y viendo que tardaba mucho y movia los labios, creyó que estaba embriaga, y díjole: «¿Hasta cuándo estarás borracha? Digiere primero el vino que has envasado, y después orarás.» Hé aquí otro Simon fariseo y otra María Madalena. Pareciale á Helí que, siendo después de comer, debía estar Ana llena de vino, y trátala de embriaga. Pareciale á Simon que, siendo María tan pecadora, debía de serlo aun, y hace ascos della; y la una y la otra eran harto mejores que entrambos.

## §. XLVII.

El Redentor, que no queria comer de balde en casa de Simon, sino pagalle el escote, y sanalle á él tambien y alumbralle, dícele: «Simon, quiéroos preguntar una cuestion, un qué cosa y cosa.» Responde Simon: «Maestro, decidlo en buen hora.—Pues habeis de saber que un hombre de bien y rico tenia dos deudores, aunque las deudas no eran iguales, porque el uno le debía quinientos ducados, el otro cincuenta; pero el uno y el otro eran tan pobres, que no tenían de qué pagar. Fué tan liberal, que hizo una cosa poco usada en el mundo, y fué que á entrambos les perdonó la deuda. Decidme, Simon, pues sois doctor graduado, ¿cuál destos deudores os parece que ama mas al acreedor?» Responde Simon: «En verdad, Maestro, que á mi ruin parecer yo diría que aquel á quien mas perdonó.» Díjole el Señor: «Muy bien habeis juzgado.» Desta cues-

tion del Redentor nace una duda harto grande, porque parece que no se infiere bien ni se sigue lo que Simon dice y el Señor afirma. La razon es, porque bien puede ser que yo por ser liberal perdone al que me debe mucho y al que menos, y con todo eso me ame mas y me sea mas amigo el que menos me debía; y así, no sigue bien lo que dice Cristo, que había juzgado bien Simon. Demás de eso, si habla de deuda de pecados y dice que al que menos ama menos se le perdona, ó es que tiene menos pecados ó tantos; pero no se le perdonan todos, si tantos, y por amar menos se le perdona menor parte dellos, esto no se puede decir, porque allá dicen los teólogos «que es impía cosa esperar de Dios medio perdon de pecados; porque, ó no perdona ninguno, ó los perdona todos». Si tiene menos pecados, porque pecó menos, no se sigue bien que ama menos, porque tuvo por poca deuda que le perdonasen; ca seguiríase deso que la Virgen María y el Bautista amaron poco, porque el uno tuvo poco que le perdonasen, y el otro nonada. Item, que cuando propone la cuestion, parece que el perdonalle mayor deuda al uno da por razon del mayor amor; en la resolucion della, da el amor por causa del perdonalle. Pues á esta dificultad, digo que no puede el Señor hablar sino de deuda de pecados, y esto es cierto; pero en esta hay dos, la una es de culpa, la otra es de pena. Digo que tampoco habla de la deuda de culpa; porque desta, ó no perdona nada ó la perdona toda; y así, no hay que inferir que á quien menos ama se le perdona menos; porque, si el amor llega á ser sobrenatural, que sale de la contricion y dolor de los pecados y ofensas de Dios, este es bastante para perdonar toda la culpa; y así, en esto no hay ninguna diferencia entre el que pecó mucho ó el que poco. Quédanos agora la pena que corresponde á la ofensa; porque, dado caso que por la contricion se remite y perdona toda la culpa, queda, empero, la pena que merecia el pecador; como cuando un caballero ha hecho una injuria á la persona real, cierto está que ha enojado al Rey, y allende deso ha incurrido en la pena de la ley; y aunque, conociendo su yerro, el Rey le admita en su gracia y le perdona la injuria y el enojo que le hizo, porque robó algo de la renta real, quedale de satisfacer á la ley y pagar lo robado, ó la pena que está puesta. Así es en el pecado, que con él injuriamos á Dios y somos transgresores de su ley, y por habernos atrevido á injuriar persona divina é infinita, somos condenados á privacion eterna de Dios y á pena infinita; pero cuando nos dolemos con verdadero arrepentimiento, perdónansenos las culpas y volvemos en amistad de Dios; mas no se nos perdona toda la pena que corresponde á la culpa, aunque se muda de eterna en el infierno á temporal; y si no la pagamos, guárdasenos para el purgatorio. Dije que no se nos perdona toda la pena, porque cierto está que la contricion, «que es verdadero dolor de la ofensa por solo Dios,» no solo quita la culpa, mas aun algo de la pena. Y que haya estas dos cosas en el pecado, vese de lo que hizo Dios con David, que con decille Natan: «El Señor ha perdonado tu pecado,» y

esto fue cuanto á la culpa, le dijo luego: «Pero el hijo que te ha nacido morirá,» que es cuanto á la pena; que al fin, como dice san Pablo: «Toda prevaricacion y culpa ha de pagarse al justo;» pero harto merced es de nuestro liberalísimo Dios que lo que se había de penar en fuego sin fin, lo trueque y mude en nuestro ayuno ó limosna, ó en otras obras penales que presto se acaban. Es tambien de saber que la contricion no puede estar sin amor de Dios, y que por ella y por los actos que hay en ella se perdona parte de la pena, como por el dolor que un hombre siente de haber ofendido á tan alta Majestad y á un tan buen Señor, y por la vergüenza que pasa consigo mismo, y por el humillarse y afrentarse á los piés de un confesor diciendo sus pecados; pues aquí entra la respuesta de nuestra duda; que el Señor habla de deuda de pecados, no cuanto á la culpa, sino cuanto á la pena; y el exceso no es ya de los pecados, que uno deba quinientos y otro cincuenta, sino de la pena, que debiendo entrambos igual pena, amó el uno tanto, que, no solo le relajaron parte, mas aun toda ella; el otro que amó lo que bastaba para que le perdonasen la culpa, no llegó su dolor y amor á ser tan vehemente, que le perdonasen mas que una parte, y por esto concluyó el Señor: «A quien menos le perdonan menos ama,» que es lo mismo que si dijera al contrario: «A quien menos ama, menos se le perdona.» Y segun la doctrina dicha, es clara esta consecuencia y bonísima. Y cuando al proponer de la cuestion, dijo el Señor que el uno debía quinientos y el otro cincuenta, y que á entrambos les perdonaron la deuda, bien entendió Simon que por la amistad que tenían con el acreedor, y porque le amaban, se les había perdonado; que á ser enemigos no lo hiciera; y por eso respondió «que amaba mas aquel á quien mas se había perdonado».

## §. XLVIII.

Acabando de sentenciar Simon contra sí mismo sin entendello, que es lo que cita el Apóstol del santo Job: «Cazaré yo, dice Dios, á los que presumen de sabios, y enredallos he en su astucia;» vuélvese el Señor á la Madalena, y dícele á Simon: «¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, no me diste agua para mis piés (que es un refresco que se hace á los que llegan cansados), esta con lagrimas de sus ojos me los ha lavado y limpiádomelos con su cabello; no allegaste tu carrillo al mio en señal de paz, y esta desde que entré no hace sino besar-me los piés; no me ungió la cabeza, esta me ha ungió los piés con agua de ángeles.» ¡Oh Dios agradecidísimo! y ¿quién no te sirve? Hombres, ¿habeis visto tal Dios, que apenas le habeis hecho el servicio, cuando le veréis hecho unregonero de vuestras niñerías? Acullá san Martin, que le había dado media capa, dice que vió aquella noche á Cristo con su media capa á cuestras, mostrándola á los ángeles y diciendo: «Mirad qué me ha dado Martin.» Que el sayo roto que diste al pobre y el zapato viejo y el regojo de pan lo sacará Dios á plaza el día del juicio delante de todo el mundo, y dirá: «Esto me dió Fulano.» ¡Oh locos avarientos,

malditos! Que vuestros tesoros se pudrirán y vuestra plata se comerá de orin y vuestras sedas se gastarán de polilla en vuestras arcas, y el sayo remendado del pobre parecerá bordado de oro y perlas; y vosotros os comeréis las manos de rabia, como os lo avisa Santiago: Y atesorastes ira para vosotros y contra vosotros en el día de vuestra muerte; ¡Oh pecadores, que jamás os acordastes de volveros á Dios ni de hacer penitencia! ¿Qué sentiréis cuando viéredes hacer alarde de los servicios que hizo la Madalena á Dios, y de su penitencia; y vosotros, avergonzados, no oseis parecer, viendo que no tiene Dios una obra buena vuestra de que preciar-se? Aun no había acabado de lavalle ni ungió, y ya le cuenta á Simon los servicios tan por menudo como si él no tuviera ojos y no se los viera. ¡Qué afrenta para Simon, para el fariseo, para el sacerdote! Qué confusion ver lagrimas en uno que se llega á sus piés, y en él no! No me diste agua para mis piés, y esta, desde que entró, no ha cesado de lavármelos con lagrimas de sus ojos. Fué tan grande el regalo que sintió Cristo de verse lavar los piés de un alma pecadora, que se las pone delante al sacerdote y eclesiástico para confundille. Gran confusion que diga Dios: «Entré en tu casa, no una vez, sino muchas, y nunca te acordaste de lavarme siquiera una vez con tus lagrimas, y ¿que una pecadora no cese de regalarme con boca y ojos, manos y cabello? Que comulgues cada día tan seco y con tan poca devocion, y que la pobrecita, un día en el año que comulga, sea con tantos sollozos, lagrimas y gemidos.» Terrible afrenta para el de la Iglesia y para el religioso es la que á Simon le hizo Cristo; ¿quién te hizo, Señor, procurador, de juez? Abogado se torna Dios del pecador que se convierte de su mala vida: *Sed et si quis peccaverit, advocatum habemus apud Patrem, Jesum Christum justum*, dice san Juan; No pequeis, hijuelos; pero si alguno (lo que Dios no mande) pecare, no desconfie, tenga ánimo y vuélvase á Dios, porque tenemos un abogado acerca del Padre, que nos alcanzará perdon, y este es Jesucristo justo; que le llamó *justo* por animarnos á que, si por ser nosotros pecadores no nos atrevemos á ponernos delante de un justo Dios, que sepamos que es Padre, y que allá en las cortes del cielo tenemos un procurador justísimo, á quien el Padre tiene mucho respeto. Así que, blasona Cristo de los servicios que le hace la Madalena, y vuelve por ella; volvió tambien por María cuando Marta la acusaba de descuidada; volvió tambien por ella cuando los discípulos la notaban de pródiga pocos dias antes de su muerte; y María siempre callaba. Callad vos, que Dios responderá por vuestra causa, como hizo por los discípulos contra los fariseos, cuando le dijeron: «¿Por qué vuestros discípulos no se lavan las manos cuando se sientan á comer?» *Vos tacebitis, et Dominus pugnabit pro vobis*, dijo Moisen al pueblo cuando vieron ante sí el mar, y á los enemigos á las espaldas: No temais, callad, y el Señor peleará por vosotros. Y allá David: *Dominus retribuet pro me*; El Señor pagará por mí su merecido á mis enemigos. Concluye el Señor

y dice á Simon: «Pues en verdad te digo que á esta mujer le son perdonados muchos pecados porque amó mucho.» Esto es en el sentido que hemos ya dicho; «porque á quien menos se le perdona, menos ama.» Llegados somos á la *cuarta parte*, que es el amor de la Madalena y del estado de un alma en gracia; y porque yo pueda entrar con mas alientos á tratar desta materia, será bien hacer aquí pausa y descansar de la corrida larga que hasta aquí habemos traido, pues no solo yo estoy cansado de haber hablado, pero imagino que tambien los que me han oido. En tanto roguemos á la Fuente de vida que nos alumbré, para saber tratar dignamente de su amor divino, y de suerte que haga provecho en nuestras almas.

## PRÓLOGO

DEL TERCER ESTADO DE LA MADALENA.

Á LA ILUSTRE Y MUY CRISTIANA SEÑORA

DOÑA BEATRIZ CERDAN,

religiosa del monasterio de Santa María de Casvas de Aragon.

Porque (como dijimos al principio deste tratado) tres estados se pueden considerar en la Madalena y en cualquier otro que pasa de pecado á gracia, y ya con el favor divino habemos tratado de los dos, que son del que el *pecador* tiene en su pecado y apartado de Dios; y del estado de *penitente*, cuando, con el auxilio divino saliendo de sus vicios, hace penitencia y se vuelve á Dios; y en la gloriosa Madalena los habemos pintado entrambos; agora en esta *cuarta parte* solo nos queda haber de tratar del tercero, que es de aquel regalo y dulzura de que goza el alma que, dejando la vieja piel de la serpiente antigua, que es el hombre viejo, sale del pecado con otra nueva vestidura de *gracia*, y renovada, se goza con su amado, adonde experimenta otros nuevos gustos y otras ternezas mas suaves que las que en el estado del pecado gustó. Pues porque esta parte va fundada en estas palabras que dijo Cristo á la Madalena ó á Simon, hablando della: «Muchos pecados le son perdonados porque amó mucho;» y conforme á esto será menester hablar del amor, quiero antes de comenzar á hablar de sus grandezas prevenir á vuesamerced y quitalle el escrúpulo que sé yo que su bondad y honestidad le podría traer. Esto haré tratando dos palabras del nombre del *amor*, para que, abonando este término, y mostrando cuán alto es y cuán digno de estima, y que es santísimo y divino, vuesamerced, como muy enamorada de Dios, goce de los secretos que aquel mar inmenso de amor encierra en sí y comunica á sus santas esposas, que corren tras el Cordero, atraídas con el olor suavísimo de sus unguentos, como lo dice una esposa que lo habia bien experimentado. Y porque se vea que los profanos amadores del mundo tienen infamado este divino nombre, llamaré en mi abono al gran discípulo de san Pablo, el divino Dionisio, el cual en el libro de *Los nombres divinos*, dice así: Muchos hay

que llevan mal y les parece fuerte que el nombre del *amor* se atribuya á Dios y á las cosas divinas; los cuales piensan que este nombre solo se puede usar para tratar de los amores profanos y sensuales, que mejor se llamarían brutales y furiosos. Pues no piense nadie que es estilo nuevo que nosotros usamos, ni alguna nueva introducion contra la santa y divina Escritura, cuando damos á Dios este nombre; porque por cierto es cosa absurda y muy fuera de razon que se rija alguno por solo el sonido de los términos y lenguaje, y no por la significacion y sustancia que importan en sí. Esto es de hombres que no calan los misterios divinos, sino que solo tragan el sonido desnudo de las palabras; y es que no quieren saber lo que los tales significan, y cómo es menester en las cosas arduas explicar un término algo oscuro por otro mas claro; y si les quereis persuadir esta verdad alborótanse, como si no fuese lícito explicar el cuaternario por *dos veces dos*, ó llamar *nuestra patria* á la tierra do nacimos. Y porque nadie piense que lo que habemos dicho es torcer la interpretacion de la divina Escritura, oyan los murmuradores del nombre del *amor* al Espíritu sobrecelestial lo que dice, y con qué lenguaje habla: «Ama la sabiduría, y ella te guardará; cércate della y vístetela, y te ensalzará; hónrala, porque te abraza;» y las demás palabras y cantares amorosos que en la Escritura se hallan, adonde usa muchas veces del nombre del *amor*. Y puesto caso, Señora, que en nuestro lenguaje castellano no se hallen términos diferentes que signifiquen esto que llamamos *amor*, como se hallan en el latin; con todo eso, pondré las palabras que añade á estas el mismo divino padre san Dionisio, que, aunque en castellano no se sufran bien, por la pobreza de la lengua, y sean medio latinas, con todo eso, con el claro entendimiento y buen juicio que el Señor ha dado á vuesamerced, entenderá algo de la diferencia que se halla en los términos latinos. Dice pues: Antes bien á algunos de los sagrados intérpretes y tratadores de las cosas divinas, les ha parecido mas sagrado y divino el nombre del *amor* que el de *dileccion*; porque el divino Ignacio, mártir, dice en la epístola que escribió á los de Roma: *Amor meus crucifixus est*; Mi amor Jesus fué crucificado. Y allá en las primeras instituciones y libros introductorios de las santas Escrituras, se introduce uno que, hablando de la sabiduría divina, dice: *Amator factus sum formae illius*; esto dice por los libros de la *Sabiduría*. De manera que, aunque á algunos les parecía que para con Dios no se habia de usar el nombre de *amor*, como cosa ya aplicada á lo profano, sino el de *dileccion*, que, aunque quiere decir lo mismo, parece que dice el afecto de la voluntad con algo de mas moderacion que el nombre de *amor* (que yo no sé darle término en castellano á la *dileccion*, que es latino); con todo eso, dice san Dionisio: «Nadie se turbe con el nombre de *amor*, ni le quite del lenguaje de Dios como si fuese indigno de su grandeza; porque los deilocos padres, esto es, los que hablan de Dios, como son los profetas y santos apóstoles, por lo mismo toman *amor* que *dileccion*.» Y así,

con tan buen padrino quiero yo comenzar á declarar algo de lo mucho que el divino amor obró en la Madalena, y sus admirables efetos, puesto caso que al principio deste tratado comenzamos esta materia. Y los profanos y torpes: *Procul hinc, procul este prophani*; Huyan léjos de nuestra conversacion, ni se alleguen ni ensucien mis palabras con su torpe ingenio, que se correrá la muy enamorada Madalena, y aun creo que se me destempará la pluma si acaso los veo delante. No se atrevan á tratar con manos torpes y sacrilegas este mi libro. Y vuesamerced por un rato desnúdese del cuerpo, y suba sola el alma á la region del sobrecelestial resplandor; y pasando todo lo sensible y lo inteligible, entre con Moisen en la niebla y *caligine* divina (que huelgo de decillo por este término latino), adonde vió Moisen á Dios, y le mostró todo el bien que dice la divina Escritura, cuando le dijo en el monte: *Ego ostendam tibi omne bonum*; que fué mostralle las ideas ó semejanzas ó ejemplares de todo lo criado, de quien dice en el *Génesis*: «Vió el Señor todo lo que habia hecho, y era muy bueno.» Entre vuesamerced con él en aquella niebla, y allí absorta y embelesada, deslumbrada del resplandor inmenso, ciega á todo lo de acá bajo, descubrirá los admirables efectos y grandezas del gran Dios de amor, adonde ardiendo con aquellas mentes angélicas, hecha divina mariposa, apurada en la llama y rayo de la luz soberana, y con el fuego del Amante eterno, consumirá todo lo terreno que acá en esta mortal region y oscuro suelo se nos pega.

## PARTE IV.

Y ESTADO TERCERO DEL ALMA EN GRACIA DESPUÉS DEL PECADO.

Con harto miedo de no acabar tan presto como querria, comienzo este tratado ó última parte; pero dame ánimo el pensar que la dulzura de la materia entreteñdrá el enfado de la prolijidad. Yo seguiré en lo que dijere á los que mejor hablaron desta materia, que son Hermes Trismegisto, Orfeo, Platon y Plotino, y al gran Dionisio Areopagita y á algunos de los antiquísimos filósofos, mezclando lo que en la sagrada Escritura hallare que no pueda levantar la materia; porque es la verdadera fuente donde nace todo lo dulce y soberano que del amor podemos decir, y aun donde los que he nombrado tomaron lo que dijeron bueno del amor y sus grandezas.

Tres cosas son las que hacen una cosa digna de ser estimada en mucho, y las que se miran para alabarla. Estas son la nobleza y antigüedad, la grandeza y el provecho que trae consigo. De suerte que, si del amor probáremos nosotros estas tres cosas, habemos salido con harta parte de nuestro designio. Hesiodo, Mercurio, Orfeo y Acusileo, llaman al amor antiquísimo, «perfoto por sí mismo, prudentísimo y de gran consejo.» Platon, en el libro que llaman *Timeo*, donde trata de las cosas naturales, pinta el *caos*, que para mejor entendello llaman *caos* un mundo informe, esto es, una masa sin

particular talle, como la que hace el ollero, que allí está el plato, la escudilla, la olla, la cazuela y lo demás que ha de hacer de la masa de barro que tiene al lado del torno donde labra. No tiene allí el plato forma de plato, ni la escudilla forma de escudilla, ni lo demás que ha de hacer; mas en potencia ó en virtud se dice que hay allí todo eso, porque de aquel barro lo ha de labrar todo. Cuando Dios crió al mundo, dicen que lo primero hizo el *caos* ó masa de que hablamos, informe, ruda, sin forma particular; y allí estaban envueltas todas las cosas, como si estuvieran en el vientre encerradas; porque de aquella materia se hicieron después. Y así dijo el otro poeta:

*Ante mare, et tellus, et quod tegit omnia, coelum,  
Unus erat toto naturae vultus in orbe,  
Quem dixere Chaos; rudis, indigestaque moles.*

Y luego:

*... Quia corpore in uno  
Frigida pugnabant calidis, humentia siccis,  
Mollia cum duris, sine pondere habentia pondus.*

«Antes que criase Dios el mar inmenso, antes que descubriese las tierras y provincias, antes que hiciese algo de todo cuanto cubre el cielo, no habia mas que un bulto y masa, á quien llamaron *caos*, que era una grandeza ruda é indigesta. Y allí, en aquel desemejado cuerpo peleaban todas las cosas mezcladas unas con otras; porque las húmidas hacian guerra á las secas, las frias á las calientes, las blandas contrastaban á las duras, las ligeras á las pesadas; y así de todas las demás.» Como este tenia falta de luz divina, por ser gentil y profano, aunque quiso atinar, desbarató; porque no podian estar allí dos cosas contrarias juntas, y con su ser y calidades y formas. Y si no lo estaban, mal dice que peleaban, porque lo cálido no contraria á lo frio sino por sus calidades, que son contrarias las unas á las otras; pues «quien no tiene ser, no puede tener contrariedad actual con alguna cosa»; y el pelear es hacer algun efecto; y «de lo que no es sino solo en virtud y potencia no puede resultar efeto en acto». Como, aunque nosotros estábamos en Adán por potencia cuando comió, y virtualmente pecamos en su voluntad; pero no se dirá bien que actualmente comimos nosotros; y por esto su *pecado* se llama *actual*, y el nuestro *original*. Aludió aquí Ovidio, porque habiendo leído el *Génesis*, vió que, tratando Moisen de la creacion, dice: *Terra autem erat inanis, et vacua, et tenebrae erant super faciem abyssi*; que la tierra estaba vacía y sin ornato ni composura y sin talle. Erró tambien Ovidio en poner lid y discordia en el *caos*; antes Platon en él asentó el amor, como artífice universal de todas las cosas; porque, como dirémos, por amor se crian todas. Y por eso le llaman «mas antiguo que el mundo y que el *caos*» y que cuanto Dios crió; pues «primero es la causa motiva que nos impele y mueve al efeto, que el efeto que de allí resulta». Digamos esto algo mas claro: Dios al principio crió una sustancia ó esencia, la cual en el primer momento de su creacion era informe y oscura, co-